

	1950	276	190	34
New York	1949	676	528	97
	1950	691	552	98
New England	1949	610	291	64
	1950	619	299	66
Oregón	1949	286	189	42
	1950	294	216	46
Aumento en un año		72	111	15

TOTAL - 198

Labor Social.— En otra ocasión hacía resaltar que la Iglesia Católica había sido concebida en los Estados Unidos desde sus principios como un conjunto de actividades cuyo centro y principio vital era la Iglesia con su vida espiritual. Pero a su lado, como dos naves que integraban el conjunto, se levanta-

ban simultáneamente la Escuela y el Hospital, destinados al desarrollo intelectual y físico del hombre para una perfecta educación. Una labor organizada y tesonera ha ido dando su fruto y hoy podemos cosechar los resultados de esa organización.

225	Colegios Pre-universitarios y Universitarios	225.727	Alum.
1.576	Liceos o Colegios o Bachillerato	324.398	"
7.914	Escuelas Elementales	2.447.741	"
	Maestros de los Centros docentes	106.777	"
352	Asilos de huérfanos	62.271	"
739	Hospitales generales		
110	Hospitales especializados en los que se tratan anualmente	4.567.934	Enf.
254	Hogares para ancianos		

Convertidos.— Otro de los síntomas indiscutibles del poder expansivo de la Iglesia Católica en Estados Unidos es el número de los que entran en su redil. Hace aun muy contados años las cifras de 80 y 90 mil conversiones nos parecían asombrosas y se consideraban como límite soñado. Sin embargo, el número ha ido en aumento y ha rebasado fácilmente el 100.000. Según el Official Catholic Directory las conversiones de 1950 ascendieron a 119,173. Pero esta cifra gigantesca nos hace pensar en un problema de gravísima importancia. Se trata de adultos o de completamente ayunos de religión o imbuídos en doctrinas contrarias al dogma católico. Hay que instruir a esa masa; hay que prepararla poco a poco y con frecuencia individualmente. Y téngase en cuenta que la cifra anterior supone el bautismo diario de 326 adultos convertidos. No deja de preocupar este consolador retorno de muchos al seno de la Iglesia.

Los Protestantes.— No son buenos los vientos que corren para los hijos de Lutero. Impresiona desfavorablemente el vacío que habitualmente reina en sus iglesias, sin que puedan ser motivo de sólido regocijo, los momentáneos fervores de Navidad o Pascua de Resurrección.

El libre examen, principio inconcuso protestante en la interpretación de la Biblia, encierra en sí tal fuerza de de-

sintegración, que nada ni nadie la podrá anular ni siquiera controlar. Con esa norma justificaron su separación de la Iglesia de Roma y con la misma desgarraron y desgarran su pretendida unidad. Dentro de los primeros grupos comienzan las deserciones y hoy día las sectas protestantes polulan como las arenas del mar. Sólo en los Estados Unidos hay más de 300 sectas. Cada una de ellas se proclama independiente con su autoridad, su liturgia, su doctrina, sus prescripciones. Las relaciones mutuas entre ellas son con frecuencia de helada indiferencia y a veces de franca hostilidad. Por eso no acierto a comprender cómo y por qué esa abigarrada variedad puede lógicamente agruparse bajo una común denominación religiosa.

Nuevas corrientes.— En vista de la deserción y apatía reinante en sus filas y frente al influjo del desarrollo e influencia, día por día creciente del catolicismo, ha surgido entre las diversas sectas una verdadera obsesión por la unión. Los conatos se multiplican; su enumeración sería por demás prolija.

Uno de los campeones más decididos de esa unión y de los más hostiles al catolicismo, es el Obispo Metodista G. Bromley Oxnam. Acaba de publicar su obra "On this Rock — Sobre esta Roca" y en ella hallamos datos muy inte-

resantes. Extractando algunos párrafos (Vid., TIME -Feb. 1951) nos daremos cuenta de su pensamiento. "Creo, dice, que la reunión del Protestantismo americano en un solo grupo es tarea mucho más fácil de lo que generalmente se piensa. Cuando en comisión me siento con laicos y pastores de otras sectas o me arrodillo con ellos en oración o me uno en adoración, siento que me encuentro con hermanos cristianos. Veo que esos hombres reunidos en conferencia y encargados de formar esa unión, bien pronto la harían. Pero ni la deseamos lo suficiente ni lo suficiente la amamos". Requiere como condición el Obispo Oxnam en esos comisionados "ante todo una intensidad en la vida del espíritu cristiano y una convivencia lo suficientemente larga para conocerse mutuamente, lo suficientemente larga para otro Pentecostés". Para él, "ha llegado la hora y se conseguiría la deseada unión si hubiese bastante espíritu cristiano, bastante constancia y bastante inteligencia".

No todos comparten el optimismo del obispo metodista y ciertamente en la reunión que celebraron a fines de enero en Cincinnati 60 sectas protestantes de las más influyentes, no sintieron el soplo pentecostal. Aquello fué una algarabía que recordaba la confusión de la torre de Babel. A pesar del esmerado cuidado con que se había preparado el temario y el plan, después de dos días de discusiones, no convinieron en nada. Se retiraron a madurarlo más y a pensarlo mejor. Hasta el optimismo del Obispo Oxnam que es de los incommovibles, sintió desfallecimientos y en viaje para la Reunión Mundial de las Iglesias en París escribió que "se sentía confundido y desanimado ante el plan de la nueva Iglesia y pensaba que el aceptarlo sería la rendición del Protestantismo a la anarquía de las sectas". Ni siquiera pueden entenderse sobre planes trazados en el papel.

Un año antes se había formado bajo los más dorados auspicios el Concilio Nacional de Iglesias y es en estos días que su Presidente, el Obispo episcopaliano Enrique Knox Sherrill, acaba de decir (Febrero 12) que "una Iglesia fuerte y unida no puede formarse con apáticos presbiterianos débiles episcopalianos, relajados metodistas e indiferentes luteranos. Hay que construir sobre base de vigor, convicción y entusiastas planes "El cuadro es desolador aun para el mismo Oxnam.

Concretando.— Aun prescindiendo de

dos grandes sectas protestantes que no quieren tomar parte en esas reuniones con vistas a la unión y de 256 sectas menores que no quieren ni siquiera oír el nombre de semejante Federación, por entrever el fin de su existencia, cuando se trata de concretar qué clase de unión debe ligarlos, es necesario estudiar un poco lo que se encierra bajo el nombre de UNION; apenas si es sombra de la realidad.

"Por supuesto, dice Oxnam, que unidad no quiere decir absoluta uniformidad... El principio de la diversidad en la unidad es esencial, si hemos de permitir los frescos movimientos del Espíritu". Pero de conseguir la frescura que anhelan, pronto van a quedar congelados.

Unos pretenden nada más que cierta cooperación en las obras sociales, quedando todo lo demás como hasta ahora.

A otros les atrae por lo menos cierta organización general que disimulara por lo menos la actual disgregación, tan en abierta contradicción con el "Un solo rebaño y un solo Pastor" tan claro en el Catolicismo como oscuro en el Protestantismo. A otros les encanta la idea de una SUPER ECCLESIA.

Otros sin ver clara la solución pretenden que deben eliminarse todas las cuestiones ideológicas, teológicas, litúrgicas, de jerarquía. En definitiva la unión sería meramente nominal, externa y momentánea, pues dejando intactos los focos de desunión que radican en las ideas es imposible que se pretenda una unión humana. Las perspectivas, por lo tanto no son halagüeñas y por más que la propaganda trate de abultar los éxitos, pronto se encargan los hechos de darles el debido puesto y valor.

Hace dos años seguía con cierto interés y de cerca la propaganda y la celebración de estas conferencias para la tan soñada reunión de Iglesias. Impresionado por la trompetería de propaganda pregunté al P. M. Ahern S. J. perito en la materia y buen conocedor del paño. Su respuesta fué tan rápida como decisiva: "No le dé vueltas; eso es ganas de perder el tiempo. Si al comenzar la Conferencia en pro de la unión, son diez las sectas reunidas, al terminarla por lo menos serán 11. Ese es el éxito".

El Protestantismo disociador en su cuna, lo sigue siendo a lo largo de toda su historia hasta que en la misma disociación halle su tumba.

Víctor Iriarte, S. J.